

NOSTALGIA DEL CATEDRÁTICO DE INSTITUTO POR ANDRÉS AMORÓS

«Sabían de sobra que no se iban a hacer ricos pero no imaginaban que casi todo -la organización educativa, la burocracia, la indisciplina, el abandono de la sociedad- iba a conspirar contra sus ilusiones de ser buenos profesores»

HABLO con frecuencia con exalumnos míos, que ahora son catedráticos de Bachillerato. A todos, sin excepción, los veo deprimidos, luchando contra la fácil tentación de rendirse y renunciar, por imposibles, a los ideales que les impulsaron a seguir esa vocación. Sabían de sobra que no se iban a hacer ricos pero no imaginaban que casi todo -la organización educativa, la burocracia, la indisciplina, el abandono de la sociedad- iba a conspirar contra sus ilusiones de ser buenos profesores.

Intento siempre animarles, subrayando la muy alta estima que yo siento por su tarea: en mi modesta experiencia, lo que yo he hecho en la Universidad puede haber tenido mayor nivel científico pero lo que intenté hacer en un instituto de enseñanza media tenía un valor social mucho mayor. De hecho, una de las mayores recompensas que uno recibe, después de una vida dedicada a la enseñanza, es el reconocimiento que ahora me hacen muchas señoras, a las que di clases de Literatura Española, hace tantos años.

Todos mis exalumnos me responden lo mismo: «No sabe usted cómo están ahora los institutos...». Tienen razón, aunque algo sé de eso; entre otras cosas, gracias a ellos. Pero puedo dar testimonio de la categoría y el reconocimiento social que entonces poseía esa labor.

Cuando gané mi cátedra, muy joven, en un recién creado instituto madrileño, asistí a algunas reuniones de mis nuevos compañeros. Se había jubilado hacía poco el insigne poeta Gerardo Diego. En mi asignatura, Lengua y Literatura Española, tuve compañeros ilustres: Simón Díaz, el gran bibliógrafo; Alberto Sánchez, máximo especialista en temas cervantinos; Valentín García Yebra, maestro de traductores; Manuel Seco, gran lexicógrafo... Para mi vergüenza, llegaron a la vez que yo a una cátedra, en Madrid, los historiadores Antonio Domínguez Ortiz y María Elena Gómez Moreno.

Muchos de los maestros de la filología española fueron catedráticos de instituto antes de lograr -o no- la cátedra universitaria: Rafael Lapesa, número uno en la historia de nuestra lengua; Alonso Zamora Vicente, dialectólogo y definidor del esperpento; Samuel Gili Gaya, estudioso de la sintaxis; Emilio Alarcos Llorach, introductor en España de la gramática estructural; Antonio Rodríguez Moñino, gran erudito; Gregorio Salvador, filólogo completo...

Esta pléyade de talentos no se limitaba a las aulas madrileñas. En la vida cultural de nuestras capitales de provincia, fue decisiva la influencia de personajes como

Filgueira Valverde, en Pontevedra; José Caso y José María Martínez Cachero, en Oviedo; José Manuel Blecha, en Zaragoza; Guillermo Díaz-Plaja, en Barcelona; Emilio Orozco, en Granada...

En otras asignaturas, no cabe olvidar a personajes de tanta categoría como el filósofo Emilio Lledó; los helenistas Rodríguez Adrados y Luis Gil; el latinista Agustín García Calvo...

Impone recordar esta lista de ilustres personajes y conforta pensar en los miles de alumnos que, con toda seguridad, no han olvidado su ejemplo ni los conocimientos y valores morales que aprendieron en sus clases; también, cómo despertaron su sensibilidad a la estética y a la historia de España, en un momento tan decisivo como la adolescencia.

Para conseguir su cátedra, tuvieron que realizar una oposición muy dura, de cinco ejercicios. Muchas veces he comprobado que ilustres figuras de las universidades norteamericanas, por ejemplo, habrían sido incapaces de superar esta prueba, por la amplitud de su temario.

Además, las oposiciones a cátedras universitarias solían -y suelen= estar mediatizadas por la pertenencia a grupos políticos, religiosos o a una escuela científica determinada. Para acceder a las de instituto, en cambio, estos factores solían pesar muy poco frente a los conocimientos de los opositores.

La categoría científica de estos profesores recibía la justa recompensa de un prestigio social que nadie discutía. En las capitales de provincia, el catedrático de Bachillerato era una de esas «jerarquías inermes» -usando la expresión de Eugenio d'Ors- que vertebraban la vida cultural de una ciudad.

Todo esto, tan hermoso y tan útil, para la sociedad, es ya historia. Al decirlo, no incurro en el habitual «cualquiera tiempo pasado fue mejor»: mis exalumnos, actuales catedráticos de Bachillerato, son mucho más duros en sus quejas, porque lo sufren diariamente en sus carnes.

¿Por qué se ha perdido? Evidentemente, por la masificación y el descenso de nivel de nuestra enseñanza, en todas las edades. En muchos institutos, el simple hecho de mantener una disciplina, imprescindible para cualquier tarea colectiva, supone ya muy ardua tarea y absorbe buena parte del tiempo y del esfuerzo de los profesores.

Se ha impuesto una filosofía de la educación radicalmente equivocada asumida como «progresista» por los políticos españoles de izquierdas y que los de derechas son incapaces de cambiar; incluso, cuando disponen de las mayorías suficientes.

No es sólo cuestión de pedir más dinero, como muchos reclaman. ¿Qué se puede esperar de la educación, en un país en el que ha cundido la creencia de que el esfuerzo, el trabajo y la disciplina son algo irrelevante, cuando no «reaccionario»? ¿Cómo puede enseñar eficazmente un profesor cuando se le ha privado de la necesaria autoridad y del justo reconocimiento?

En la nueva pedagogía, predomina lo lúdico, lo igualitario, la motivación, el antielitismo, la creatividad, las habilidades; en vez de estudiar, hacer trabajos, tantas veces copiados directamente de internet.

Se predica ahora la democratización de la enseñanza, la libertad del alumno, (Recuerdo a Chesterton: «No puedes hablar de educación libre porque, si dejáis a un niño libre, no lo educaréis»). Se abomina de un instrumento tan necesario como la memoria. Se considera «reaccionario» hablar de exámenes, calificaciones, suspensos y hasta asignaturas y horarios. Todos los alumnos tienen «derecho al éxito»: si alguno falla, se echa la culpa al «sistema», no a que haya trabajado poco... Y a todo ello se unen los disparates localistas que han traído, también a la enseñanza, las autonomías.

Suele expresarse todo esto en una nueva jerga pedagógica: lo que se llamaba «recreo» es, ahora, «segmento de ocio»; que el profesor hable con un alumno, ya ha adquirido la categoría de «intervención psicopedagógica». ¿Qué dirían Quevedo o Valle-Inclán ante pedanterías tan vacuas?

Tomo de Marañón las dos palabras que él aplicó a su tan querida ciudad de Toledo: «Elogio y nostalgia». Los aplico yo a la figura ejemplar y utilísima, para la sociedad, del catedrático de instituto. No reconocerlo y poner trabas a su labor es la raíz de muchos males que sufre la educación, en España. Así nos va.

ANDRÉS AMORÓS ES CATEDRÁTICO DE LITERATURA ESPAÑOLA